

*El joven Ishikawa Sei era un aprendiz dentro del gran clan de la Escuela de Magia, pero percibió algo más allá de su entendimiento, algo que pocos maestros serían capaces de detectar. Durante sus estudios con los espíritus del aire le llegó la noticia que algo terrible estaba sucediendo: existía una fuga de corrupción en algún lugar que contaminaba a los pobres espíritus. No tardó en alertar a sus maestros y estos siguieron todos los protocolos de verificación sobre el segundo sello. Ninguno de ellos encontró las más mínima filtración del portal que custodiaban. Sorprendido por los resultados y ante la evidencia que ningún otro maestro ni estudiante había detectado nada, realizó nuevos estudios, invocó nuevos espíritus y obtuvo las mismas respuestas: en algún lugar, las fuerzas del Oscuro invadían otra vez el mundo. Sabiendo que sus explicaciones no serían atendidas por los mismos maestros, optó por presentarse directamente al señor del clan, el poderoso Ishikawa Matsu.*

*Cuando pidió audiencia dudaba que sus peticiones fueran satisfechas en tan poco tiempo. Los guardias del palacio le acompañaron hasta la sala principal, donde el señor Ishikawa estaba esperándole. Junto a él se encontraba Yamamoto Ichirō, protector y principal siervo. Éstos le atendieron respetuosamente, escuchando detalladamente todas las explicaciones. No tardó en terminar de exponer sus preocupaciones y esperó atento la respuesta de tan importante audiencia.*

*– Esta información resulta inquietante, pues yo mismo he visto los informes que realizaron los maestros para comprobar el sello – le explicó el señor Matsu –. Solo queda una explicación, pues no dudo de vuestra información: otro sello está siendo corroído y quizás pronto tendremos otro portal donde combatir al Oscuro.*

*– Eso sería terrible – afirmó Sei –. Yo no soy capaz de determinar donde se ubica la alteración de los espíritus del aire, ya que se desplazan continuamente. ¿Cómo lo encontraremos?*

*– Debemos organizar una expedición para encontrar el punto donde se produce la emanación. Vos deberéis ir, pues por ahora sois el único que ha detectado la corrupción – viendo la sorpresa de su rostro añadió –. El gran Yamamoto Ichirō será el encargado de dirigir tan ardua tarea – El nombrado ni tan siquiera se inmutó al oír su nombre, aceptando como siempre las órdenes de su señor –. Ahora podéis retiraros, Ishikawa Sei. Mañana partiréis al amanecer.*

*– Gracias, mi señor – el joven se postró para saludar y abandonó la instancia para dirigirse a sus aposentos.*

*– Necesito que reúnas una patrulla que no llame la atención, Ichirō – le dijo Matsu al cabo de unos segundos –. Elige tu mismo a los miembros, pero ya te aseguro que no será una tarea fácil. Si esas filtraciones aún son leves quizás podréis detener un gran peligro, pero si son graves te enfrentarás prácticamente solo a lo peor que pueda soltar el Oscuro.*

*– Lo comprendo – y sin decir nada más abandonó la estancia.*

*– Ahora ya puedes mostrarte. Dime que es lo que desea tu amo.*

*Una sombra se deslizó de la pared y enfrente de Ishikawa Matsu se materializó una figura postrada en señal de respeto. Su piel era cenicienta, cubierta por una larga capa de viaje cuya capucha sólo permitía observar unos ojos malévolos que se fijaron en la majestuosa figura que tenía delante de él.*

*– Mis saludos y los de mi maestro, Ishikawa-sama.*

*– Me he dado cuenta de tu presencia desde que llegaste. He permitido que te quedaras porque supongo que será cierto que lo que ha sucedido debe ser realmente importante y peligroso.*

*– Así es. El objetivo de mi visita no era otro que averiguar qué es lo que vosotros conocíais. Y por lo visto sólo tenéis suposiciones y poco más.*

*– Debo entender entonces que tu maestro sabe más que nosotros –respondió con tono duro pero sin mostrar la menor irritación por la presencia del emisario de los Kimura.*

*– Tenemos algunos informes acerca de lo sucedido, pero no podemos involucrarnos.*

*– Entonces os parece bien que haya decidido enviar una patrulla, ¿no?*

*– Así es. Os lo hubiera sugerido, pero debo admitir que vuestra sabiduría hace honor a vuestro rango. Incluso la elección de los miembros seguro que será la acertada. Vuestro hatamoto es el mejor líder para la expedición, y ese joven mago que le acompañará contiene un gran potencial en su interior, mi maestro me advirtió de sus cualidades, pero no creo que ahora suponga una amenaza, aún le falta endurecerse, y alejarse de las fiestas palaciegas le será de una gran ayuda. Quién sabe si algún día le convenza para que nos acompañe en nuestra causa.*

*– Intentadlo, pero su fidelidad a la Escuela está más que garantizada. Y, como bien habéis dicho, le gusta demasiado la vida cortesana.*

- Ya veremos. En cuanto a vuestros otros problemas, sabéis que podéis contar con nuestra ayuda. Lo solucionaríamos de forma rápida y eficaz, sin grandes derramamientos de sangre.
- Lo sé, pero no me gusta deberos favores.
- La información de vuestra patrulla a cambio del fin de la revuelta de los Kaneda, ¿no os parece justo?
- Esperaré a que regrese el emisario enviado a dialogar – dijo recalcando cada una de las sílabas de la última palabra.
- Como deseáis – y después de esto se fundió de nuevo con las sombras de la habitación. Ishikawa se levantó y abandonó la gran sala.

Yamamoto Ichirō se había alejado del palacio principal de los Ishikawa para dirigirse al templo de los Guardianes del Segundo Sello, que a diferencia del reconocido clan de los Tanaka, éste aceptaba a cualquier fanático que quisiera enfrentarse a los corruptos. Habían ido reuniéndose y progresado lentamente desde que se logró cerrar el portal y ahora eran un pequeño clan menor con alguna influencia en la zona, pero siempre supervisados por los señores de la Escuela de Magia. Su líder era un antiguo miembro de los Guardianes del Primer Sello que después de convertirse en Custodio, había caído en desgracia y ahora enseñaba sus habilidades a quienes quisieran escucharlo. Ichirō se presentó formalmente ante él y le pidió algún joven discípulo para que le acompañara en una patrulla rutinaria que dirigiría al día siguiente.

- Estaré encantado si aceptas a mi hijo Zakuo para que te acompañe – le dijo Tanaka Saburō – . Es fuerte y debe empezar a poner en práctica mis enseñanzas, espero que os sea de utilidad.
- Será un honor para nosotros contar con su compañía, mi señor – sus palabras eran totalmente formales, sin el menor reflejo de sus propias ideas acerca del joven. Él mismo se había encargado de entrenarle en algunos aspectos y no lo consideraba una mala elección, pero aún estaba verde y, aunque no podía comunicarlo, aquello no sería tan rutinario como iba a parecer –. ¿Me permitís preguntaros si tenéis algún otro discípulo capacitado para acompañarnos? Nunca está de más contar con alguien más.
- Dejadme que piense un momento – y su rostro fingió una reflexión innecesaria, pues sabía perfectamente quién podría ser –. ¿Qué os parece la dama Kanemoto Yumiko? Todo ella es pureza y bondad.

Demasiada bondad, pensó Ichirō. Yumiko era descendiente de una de las ramas principales de la familia imperial, pero desde siempre se había avocado a una vida de rezos, dejando apartada su posible implicación de la vida política. Además, su herencia Kanemoto la había convertido en una muchacha débil, enfermiza, y por ese motivo había convencido a su padre para que la dejara vivir en un pequeño templo alejado de la capital. Ahí, un viejo monje cuidó de ella y descubrió que ciertamente podría poseer un don divino, recomendándole que se dirigiera a los Guardianes del Segundo Sello para que la instruyeran debidamente. Saburō estuvo encantado de tener a un miembro imperial que apoyara su causa, aunque pasó por alto el hecho de que su familia la repudiara de manera interna, mostrando su apoyo sólo formalmente. Realmente la joven irradiaba una paz interior difícil de no advertir y su paso por el templo había afilado su rostro y fortalecido su cuerpo, aun así estaba tan preparada como Zakuo para la difícil tarea que les aguardaba.

- Muchas gracias por vuestra ayuda. ¿Les podrías comunicar a ambos la decisión? Les esperaré mañana a primera hora frente al palacio del gran señor Matsu.
- Así lo haré. Siempre es un placer poder ayudar.

Entre los dos novicios de los Guardianes del Segundo Sello y Sei, poco más que un aprendiz, a Yamamoto Ichirō le faltaba alguien en quien poder confiar si las cosas se torcían, pero por desgracia pocos magos competentes y capacitados para partir en esa empresa estaban esos días en la ciudad. El único nombre que se le ocurrió fue el de Kimura Mitsuo, un extraño y solitario mago. Su pequeña residencia se encontraba en las afueras de la ciudad, cerca a la zona restringida del Segundo Sello. Cuando llegó, le pareció que la vivienda se encontraba vacía, pero no tardó en distinguir la figura de Mitsuo cerca de la entrada mientras se dirigía hacia él.

- A la mañana siguiente la patrulla estaba lista para partir. Yamamoto Ichirō se presentó ante su señor con la lista de samuráis que lo acompañarían.
- He cogido un grupo reducido para intentar pasar lo más desapercibido posible.

– De acuerdo. Partid enseguida. Que tengáis suerte en vuestra empresa – deseó Ishikawa cogiendo a su antiguo compañero de aventuras por el antebrazo, usando el antiguo saludo marcial.

– Que también te acompañe a ti – y se marchó de la sala dejándolo sólo.

Yamamoto y sus hombres atravesaron las puertas de palacio, pasaron por el lado del edificio principal de la Escuela de Magia y cogieron el camino que enfilaba hacia la Puerta Sur. A su paso la gente se giraba para observar el grupo armado preparado para iniciar un largo viaje; era normal que las patrullas pasaran por la ciudad y que recorrieran el camino desde las puertas hasta palacio donde iban a presentar sus respetos, dar informes de reconocimientos o simplemente regresaban después de un rutinario día de vigilancia. Lo que sí que sobresaltó a alguno de los transeúntes fue ver a Yamamoto Ichirō, héroe de cien batallas y hatamoto del señor Ishikawa; ¿tan importante era la misión como para que fuera? ¿O quizás estaba cansado de la vida cortesana y necesitaba coger aire fresco realizando alguna tarea sin mucha trascendencia? Dos figuras los observaban desde la ventana más alta de palacio, viendo como se iban alejando, conociendo el propósito real de su viaje.

– Espero poder verlos regresar.

– Eso no lo sabe nadie, señor. Ni siquiera mi poderoso maestro es capaz de conocer el futuro, todo depende de las acciones de cada uno.

Una vez la comitiva pasó por debajo el arco de la puerta y se confundió con la maleza y las sombras del bosque que crecía a lado y lado del camino, Ishikawa decidió retirarse hacia la sala de reuniones donde se encontraría con los oficiales de cada destacamento de la ciudad y sus cercanías.

– Esperad un momento. Ése que se acerca al trote por el camino del norte no será uno de vuestros emisarios, ¿verdad? – dijo el Hijo de la Sombra señalando la lejanía, por encima de las colinas.

Ishikawa Matsu se giró para observar el punto donde indicaba. Al principio no vio nada, pero poco a poco una figura fue tomando forma y al final lo distinguió con toda claridad, era un jinete. Al cabo de unos segundos estaba seguro, aquel era el emisario enviado a las tierras de los Kaneda. Ishikawa se giró y se dirigió a la escalera que lo conduciría a las caballerizas. Una sombra se deslizó tras él. Al llegar abajo, el caballo ya se había detenido y su jinete desmontaba con esfuerzo, ayudado por un par de compañeros; cuando vio que su señor se dirigía hacia él, intentó mostrarse lo más digno posible.

– Mi señor... – empezó a decir cuando Ishikawa lo cortó.

– Tranquilo, descansad. Estoy intrigado por conocer el resultado de vuestra misión, pero por encima de ello está la vida de mis hombres. Cuando estéis recuperado del largo viaje presentáros ante mí en la sala de reuniones.

– No hará falta, señor –manteniendo la compostura, el emisario presentó su informe –. El mago que se ha revelado se llama Kaneda Takeshi, un joven sin escrúpulos que huyó de la Escuela para que no lo condenaran. La comarca no es muy grande, pero ha dado vía libre a todos los forajidos de la zona. Sus fronteras son por ahora peligrosas y el único camino que hay está bien custodiado por sus hombres de confianza. Siento informar que no me fue posible comunicarme con el renegado.

– Gracias soldado. Veo que sois valeroso y que cumplís vuestro deber aun por encima de vuestra vida, ahora retiraos – iba a marcharse cuando se giró de nuevo para preguntarle –. ¿Cuál es vuestro nombre?

– Kawasaki, señor, Kawasaki Takayuki.

– Lo tendré en cuenta, ha hecho un gran trabajo. Ahora descanse.

– Así lo haré.

Ishikawa Matsu se alejó definitivamente de las caballerizas y una sombra se encontró con él en el interior de las escaleras.

– Y ahora, señor, ¿ya tengo mis órdenes? ¿Puedo partir?

– Sois impaciente. Adelante, si queréis partir ya, pero recordad vuestro objetivo: hacer que Kaneda reconozca su vasallaje o si no... – se quedó un segundo dubitativo antes de acabar la frase – que la comarca pierda a su gobernador.

– Vos mandáis, yo obedezco – y la sombra desapareció tan rápido como había aparecido, sin dejar el menor rastro de haber estado allí.

Una sombra fluía silenciosa por los aposentos de Kaneda Takeshi, una sombra apenas perceptible. Kaneda se encontraba solo, sentado frente a unos escritos, concentrado en su lectura. La sombra se dirigió lentamente hacia la del propio hombre, acechando, esperando.

Finalmente tomó la forma de una figura embozada que desenvainó rápidamente y ejecutó un certero golpe al cuello de Kaneda Takeshi. El cuerpo de la víctima desapareció frente a sus ojos, no había nada donde segundos antes se encontraba el rebelde hechicero. Cuando la puerta corredera se abrió, el asaltante aun se encontraba sorprendido, aunque no tardó en reaccionar y se encaró, preparado para la posible amenaza. Varias personas se encontraban al otro lado, aunque únicamente una de ellas se adelantó, avanzando tranquilamente.

- Bienvenido a mi hogar – dijo educadamente el joven llamado Takeshi -. Por favor, dejad vuestras armas, no serán necesarias.

El ninjatō se deslizó dentro de la vaina que llevaba en la espalda sin producir ningún ruido. El silencio perduró durante unos segundos, un silencio tenso, incomodo. El mismo Kaneda Takeshi fue quien lo rompió con su melodiosa voz.

- Entiendo que habéis fracasado en vuestro cometido, vuestra vida de poco sirve ahora mismo para aquellos que os han enviado.

Si las palabras habían afectado a su interlocutor, su rostro no dio muestras de ello.

- En cambio –prosiguió Takeshi mientras andaba a su alrededor-, si me la entregáis, podría usarla para mejores fines y vos aprenderíais nuevas habilidades que actualmente se encuentran fuera de vuestro alcance.

Un breve destello pasó por la mirada del hombre que tenía enfrente.

- Seguro que si regresáis a vuestro clan con ciertos conocimientos adquiridos no se os recibirá como un incompetente, ¿me equivoco? – sus miradas se encontraron y coincidieron enfrentadas varios segundos -. No, no me equivoco.

Y una sonrisa llena de satisfacción se dibujó en su pálido rostro mientras la oscura figura de su agresor se postraba ante él.

Kawasaki Takayuki gozaba de su tiempo libre paseando por las calles de la ciudad que se había levantado para cubrir las necesidades de aquellos que vigilaban de cerca el Segundo Sello. Al principio, solo pasaban algunos mercaderes ambulantes o tenderos que se estaban una temporada y luego marchaban, pero a medida que se comprobó que la seguridad ejercida por los clanes presentes aseguraban la tranquilidad de la zona, todo un nutrido grupo de artesanos se había aposentado para cubrir las necesidades específicas de los hechiceros y monjes, trayendo consigo materiales de buena calidad que no se venderían en otras partes del mundo por falta de compradores interesados.

La seguridad del Segundo Sello se había puesto a prueba, de manera intensa en dos ocasiones, cuando Corruptos que habían logrado escapar de la guerra, o que se habían filtrado a través de las rituales invocaciones de los seguidores del Oscuro, habían atacado para romper el Sello y abrir nuevamente el portal hacia las Regiones Internas. En ambos casos el asalto había sido repelido y la integridad del Sello no se había visto comprometida, pero en ambos casos hubo numerosas víctimas, algunas de ellas colaterales. Aquello había hecho desistir a la gente asentarse demasiado cerca y por ello la ciudad se había creado a cierta distancia, dejando la pequeña fortaleza de los Guardianes del Segundo Sello como única edificación.

Durante el segundo asalto, el abuelo de Takayuki, Kawasaki Naomichi, participó dirigiendo uno de los batallones de la Escuela de Magia y cayó después de destruir decenas de Corruptos. Su contribución ayudó en gran medida a ganar la batalla y muchos ciudadanos lo aclamaron como héroe, honorando así a la familia Kawasaki.

En ese soleado día, Takayuki se disponía a regresar a su casa cuando decidió ir a rendir homenaje a su ancestro en la pequeña capilla que tenía en la ciudad. Antes de pasar por debajo del arco de entrada, se lavó y purificó, ordenó sus pensamientos y se dirigió a dedicarle unas oraciones. Mientras se encontraba arrodillado ante el pequeño altar, escuchó como otra persona avanzaba hacia él. Pensó que debía tratarse de algún otro familiar o ciudadano que iba a acompañarlo en las plegarias y continuó sin prestarle más atención.

Cuando terminó y se levantó, vio que el otro hombre seguía ahí. Tenía aspecto de ser uno de los comerciantes de la ciudad, quizás algún descendiente de los hombres que había salvado su abuelo. Al pasar por su lado, éste levantó la mirada y le habló.

- Encantado de conoceros, Kawasaki Takayuki – su voz era refinada y culta y sus ojos escondían una pequeña sonrisa. Antes que Takayuki contestará prosiguió hablando -. Me preguntaba si podríais hacerme un favor.

- ¿En qué podría yo servirlos? – respondió el asombrado Takayuki. ¿Quién era ese hombre y que pretendía obtener de él?

- Sólo necesito una cosa vuestra, mi señor, con poder ver unos segundos más vuestro rostro me conformo.

- No entiendo como eso puede ayudaros.
- Ni falta que os hace – dijo una tercera voz proveniente de una sombra tras Takayuki mientras taponaba su boca con una mano y con la otra lo degollaba.

Ishikawa Matsu estaba con sus discípulos más jóvenes enseñándoles como debían comunicarse con los kami de los elementos y como ser respetuosos con ellos cuando recibió un comunicado urgente.

- Disculpadme, mis aprendices, las tareas del clan me reclaman – y dirigiéndose a los ayudantes que lo acompañaban señaló a uno de ellos -. ¡Tú! Encárgate de seguir con la lección; el resto, seguidme.

Cuando el maestro Ishikawa se hubo marchado, el ayudante se dirigió a los futuros hechiceros.

- Decidme, ¿alguno de vosotros sabe por qué estamos aquí?

Los niños, sorprendidos ante la pregunta, se miraron entre ellos. Al cabo de unos segundos, uno respondió.

- Para conocer los fundamentos de la senda de la magia.

- No es una mala respuesta, joven aprendiz – sus palabras parecían corteses, pero había algo en su rostro que hacía estremecerse a su público -. Pero, tenemos que profundizar un poco más. Respondedme entonces ¿para qué queremos conocer esos fundamentos?

- Para combatir a los Corruptos – respondió rápidamente uno.

- Para obedecer a nuestro clan – respondió otro que tenía todo el aspecto de haber sido entrenado antes con la espada que en las artes arcanas.

Finalmente, un tercero dio la respuesta que el ayudante estaba esperando.

- Para obtener poder, ser respetados y obedecidos.

Su boca se ensanchó en una amplia sonrisa. Quien había hablado era una niña, aparentemente la más pequeña de todos ellos. Sus ojos mostraban resolución y temperamento.

- Dime pequeña, ¿cómo te llamas?

- Mi nombre es Eiko, sensei.

- ¿Sólo Eiko? – preguntó extrañado.

- No tengo familia hasta que Ishikawa sensei me adopte dentro del clan – dijo bajando levemente la mirada, avergonzada por no tener ningún sustento en ese momento – Me dijo que si era buena alumna algún día podría lucir Ishikawa con orgullo.

Ante esta respuesta no pudo hacer otra cosa que sentirse aun más satisfecho con lo que iba a hacer.

- De acuerdo, ahora me acompañarás. Yo te daré los conocimientos que andas buscando y sobre el apellido, te daré uno, pero no para que estés orgullosa de él, sino para que la familia a la que pertenecerás esté orgullosa de ti.

Los demás niños observaban en silencio sin saber de qué iba todo eso, aunque sospechaban que a su maestro no le iba a gustar. El ayudante que se había quedado con ellos lo tenían visto de otras veces, pero hasta ese momento no había actuado de aquella manera, siempre se había limitado a obedecer en todo momento a Ishikawa Matsu.

- Disculpe, sensei – dijo uno de ellos – ¿nos va a enseñar cómo debemos comunicarnos correctamente con los kami?

- Por supuesto, y os voy a hacer una demostración – dijo retomando el hilo de la clase y dirigiéndose a todos los alumnos -. Pero todos vosotros ya sabéis como hacerlo, sino no estaríais aquí, ¿verdad? El gran Ishikawa sensei solo admite a aquellos que ya han demostrado, aunque fuera accidentalmente, una capacidad innata para actuar con los kami.

- ¡Yo fui capaz de llamar a un pequeño kami de la llama! – gritó una muchacha algo mayor que Eiko.

- Y yo a uno de tierra – dijo otro.

- ¿Y tú, pequeña? – preguntó dirigiéndose a Eiko.

- Yo puedo hablar con los kami de los árboles y las plantas. Pero sólo a veces me hacen caso – acabó diciendo con un puchero.

- Pues mira bien como se hace – y le guiñó un ojo mientras se agachaba y apoyaba la palma de su mano en el suelo. Recitó un conjuro y de repente el suelo cobró vida y miles de pequeños brotes empezaron a emerger. Rápidamente los brotes se convirtieron en largas plantas que rodearon al resto de alumnos y segundos después se habían convertidos en nudosas ramas que aprisionaban sus pequeños cuerpo para que no pudieran moverse.

- Chicos, la clase a terminado. Y si ahora me disculpáis, yo también tengo tareas con mi clan que me reclaman – se levantó y se giró hacia Eiko – Pequeña, ¿harás el favor de acompañarme? Nos queda un buen trecho hasta casa.

La pequeña, muda de admiración, dio la espalda a sus compañeros y siguió a su nuevo maestro. Ahora aprendería a dominar de verdad a los kami, ahora el poder fluiría a través de ella. Sabía que algo iba a cambiar cuando el joven de bellas facciones había entrado tras el maestro. Nadie, a parte de ella, podría haberlo distinguido. Aquel ayudante no era Kawasaki Takayuki.

Llevaban un par de días avanzando bajo la lluvia y no parecía que la tormenta fuera a darles un respiro en las próximas horas. Ninguno de ellos era especialmente comunicativo y el ambiente ayudaba en que apenas se hubieran pronunciado una docena de palabras en lo que llevaban de día. Ishikawa Sei abrió la marcha y de vez en cuando trataba de calmar a los kami, pero no había manera de detener el aguacero. Por suerte aún le indicaban hacia donde debían avanzar, y si sus ojos no lo engañaban esa noche la pasarían a cubierto: en la siguiente loma se alzaba un pequeño pueblo. Hizo una señal a Yamamoto Ichirō y el líder de la expedición espoleó a su montura para ponerse a su lado.

– ¿Creéis que sería prudente tratar de conseguir alojamiento en alguna de esas casas? – preguntó el joven.

– El camino rodea la colina, pero no veo inconveniente en tratar de dormir secos – le respondió Ichirō.

Una hora después se encontraban confortablemente instalados dentro de una de las viviendas. El alcalde de la aldea los había recibido correctamente, ya que enseguida distinguió al gran héroe, y ahora conversaba amigablemente con ellos sobre el estado de los caminos.

– Tenemos suerte que formidables samuráis como vosotros patrullen los caminos, somos afortunados de vivir cerca de Shinhōji.

– Me alegra oír de que no tenéis ningún problema en la región. Nuestra tarea nos empuja a buscar cualquier indicio y resolverlo.

– Pues lo máximo que puedo deciros es que os tocará viajar durante más días, pero la gente os lo agradecerá – le respondió el aldeano.

– Vuestra hospitalidad es tremendamente agradecida – intervino Sei -. Cumpliremos con nuestra obligación de proteger nuestras tierras.

La conversación se interrumpió cuando otro campesino irrumpió en la sala acompañado de una samurái que vestía el emblema de la Escuela de la Magia. Primero todos se sorprendieron, luego siguieron las presentaciones formales y los saludos de rigor.

– Mi nombre es Ishikawa Noriko – dijo la mujer recién llegada -. Mi camino me lleva de regreso a Shinhōji.

– ¿Puedo preguntaros si es urgente vuestro regreso? – le preguntó Ichirō -. Vuestra ayuda en nuestra misión sería muy bien recibida.

– Podría enviar un mensaje a la ciudad informando a nuestro señor Matsu – le respondió mientras parecía dudar -. No creo que ponga inconveniente alguno en que obedezca la petición de su hatamoto.

– Yo mismo me encargaría de ello, si me lo permitís señora – se ofreció el alcalde -. Ahora mismo ordenaré que os traigan papel, tinta y pinceles – y se retiró servicialmente sin que nadie se opusiera.

– Ahora que estamos solos, ¿podrías informarnos si te has encontrado con algún contratiempo en el camino? – indagó Ichirō -. Nuestro cometido tiene que ver sobre un posible enemigo cerca de estas tierras.

– Todo lo que puedo contaros, me parece que no son más que rumores y cuentos para niños. En mi camino no me he encontrado nada fuera de lugar, pero si el señor Matsu os lo ha encargado, entiendo que es sumamente importante y peligroso.

– Podría deciros lo mismo que se especula en palacio, que me aburro, que necesito volver a los caminos o incluso que he perdido el favor de nuestro señor, pero eso sólo serviría para insultar vuestra inteligencia. Sei puede contarte mejor que yo cual es la razón de este grupo.

El joven miró a los ojos de Noriko y su voz no fue más que un susurro.

– Los cuentos tienen razón, los Corruptos han regresado a estas tierras.

El nuevo maestro de Eiko le había dado acceso a su biblioteca privada donde tenía acceso a un montón de conocimientos hasta ese momento fuera de su alcance. Los kami habían empezado a obedecerla ahora que sabía cómo debía llamarlos y atarlos a su capricho. Había

que hacer predominar la propia voluntad a su obstinación, convenciéndolos de que sus aspiraciones se cernían mejor a los preceptos del Gran Creador. Ahora las plantas crecían y se movían al ritmo de sus deseos y los principios del funcionamiento de los cuerpos vivos se iban desvelando en cada sesión. Eiko estaba encantada con esta situación, aunque hubiera deseado ser la única alumna de Kaneda Takeshi para disfrutar de toda su atención. Los otros alumnos la habían recibido formalmente y no habían puesto ningún impedimento a su avance, pero tampoco se habían convertido en sus amigos.

Kaneda Ren era un muchacho algo mayor que ella y sus facciones recordaban a las de Takeshi, por lo que debía ser algún pariente suyo, ya fuera un hermano pequeño o algún sobrino. Su conocimiento sobre los kami de la naturaleza superaba a los suyos ampliamente y también había empezado su comunicación con los del agua.

Furukawa Kaede era la mayor de los tres alumnos y su campo de conocimiento se centraba en los espíritus que habitan en el fuego. Su temperamento parecía adecuado a sus estudios, era salvaje, inconstante pero llena de poder.

Además de ellos, se podría considerar que existía un cuarto alumno, aunque no siempre acudía a las clases ni era tan joven como ellos. Su carácter era aun más reservado y apenas participaba en las discusiones y las dudas. Pero en su favor puede decirse que sí que estaba atento, aunque sus sentidos estaban más pendientes de Kaneda Takeshi y sus alumnos que de sus enseñanzas.

A primera hora de la mañana, el grupo estaba realizando las últimas preparaciones para partir. Aun caían unas pocas gotas de lluvia, pero el sol empezaba a asomarse por el horizonte. Ishikawa Sei se concentraba en comunicarse con los espíritus del aire, tratando de discernir el camino a tomar, cuando uno de ellos se lo mostró nítidamente: a no muchos kilómetros de ahí había un asentamiento entre las montañas donde se había realizado un ritual de invocación la noche anterior.

- Los he localizado – anunció Sei -. Se encuentran cerca, tras esas cumbres.

- Perfecto – respondió Yamamoto Ichirō.

- ¿Os parecería adecuado solicitar al alcalde que un par de lugareños nos guíen? – le preguntó Tanaka Zakuo -. Seguro que ahorraremos tiempo para cruzar los bosques.

- Yo misma me encargo de ir a buscarlos - se ofreció Ishikawa Noriko.

Pocos minutos más tarde regresó con tres aldeanos: un hombre fornido equipado con un hacha, uno más escuálido con un arco en la espalda y una chiquilla. Los tres tenían las marcas típicas de los que pasan largas horas en el bosque y la mirada dura de quien desconfía de los forasteros.

- Será mejor que dejéis aquí vuestras monturas – habló el leñador -. Las sendas que cruzan las montañas no son lo suficientemente buenas para ellas, podrían lastimarse y perderíamos demasiado tiempo arrastrándolas entre los árboles.

- Sei – llamó Ichirō -. Dale los detalles que tengas a estos hombres para que nos puedan llevar lo más cerca posible.

- Sólo puedo decir que se encuentran en una ladera bastante abierta donde han construido una pequeña empalizada alrededor de la entrada de una cueva donde gime el viento.

- Conozco el lugar – dijo el cazador -. Hace años perseguí una presa hasta la cueva, pero unos lobos me la arrebataron. Hay un camino que os dejaría al pie de la montaña y otro bastante más peligroso que da un rodeo hasta cerca de la cima.

- No es tan peligroso – susurró la niña con apenas un hilo de voz.

- Dinos, chiquilla, ¿has subido tu esa cima? – indagó Zakuo.

- Sí – respondió -. Algunas veces rodeo la montaña cuando voy a buscar bayas, no quiero cruzarme con los lobos.

- Si la encrucijada de las dos rutas no está cerca, podremos decidirlo durante el trayecto – observó Sei.

- El camino no se divide hasta estar bastante dentro del bosque – confirmó el arquero.

- Entonces no perdamos más tiempo. En marcha – ordenó Ichirō.

Kaneda Takeshi se encontraba en la sala de reuniones del palacio de su tío, dialogando con él y el resto de los miembros que habían participado en la insurrección: otro pariente mayor que hacía las veces de sabio consejero, el cabecilla de un grupo de forajidos que se habían unido a las defensas, demasiado impetuoso para su gusto, y un par de ronin con habilidades bastante interesantes que había reclutado para la causa.

- Bueno, mis queridos amigos, tenemos que decidir cuál será nuestro siguiente paso – anunció el líder de la revuelta con su habitual calma -. Los señores Ishikawa ya han dado el suyo y hace algunas noches enviaron un asesino a por mi cabeza – la sorpresa cruzó el rostro de los presentes y Takeshi sonrió internamente -. Pero como podéis comprobar fui precavido y sigue en su sitio – dijo mientras se acariciaba el cuello.

El ambiente se distendió ante la broma.

- Es insultante que se hayan rebajado a esos extremos – dijo Kaneda Kotarō, el tío de Takeshi -. Nunca hubiera imaginado que Ishikawa Matsu enviase a otro que no fuera su hatamoto a hacer su trabajo.

- Si el señor Matsu se ha tomado esas molestias es que nos considera algo peligroso para su posición – observó el anciano Kaneda Daichi.

- ¡Nuestro siguiente paso debería llevarnos hacia adelante! – bramó Araki Hayato, el líder de los bandidos -. Un asalto rápido a una de sus aldeas sería una buena demostración.

- No os precipitéis, Hayato – dijo suavemente la única mujer presente en la reunión -. Una serie de ataques relámpagos no haría otra cosa que poner a los campesinos en nuestra contra.

La mirada de Yoshida Riko calmó al impulsivo guerrero. Era una bella mujer, con hábiles dotes para la actuación y una mente ágil y despierta para tomar decisiones.

- ¿Y si esos ataques son evitados por nuestras fuerzas? – se preguntó ella misma.

- Eso nos proporcionaría un mejor recibimiento, no hay duda – afirmó Kotarō -. Pero ¿cómo sabremos cuando intervenir? No disponemos de suficientes hombres para asignarlos a varios pueblos y mantenerlos esperando.

- Tío, tío, tío – dijo con condescendencia Takeshi sabiendo que necesitaba su apoyo para mantener a la familia unida -. El ataque se realizará cuando y donde nosotros decidamos.

La indignación de Ishikawa Matsu era suprema. Un fiel sirviente se había burlado de él en una de sus clases y había secuestrado a una alumna muy especial, a la que iba a adoptar. Tampoco había recibido ninguna noticia de los rebeldes Kaneda ni del hombre que había enviado. Y por si eso fuera poco, no podía contar con el apoyo y consejo de Yamamoto Ichirō, a quien había enviado lejos a cumplir una misión, una misión que podría ser terriblemente peligrosa. Por una vez esperó que Ishikawa Sei no hubiera entendido bien el mensaje de los kami del aire, pero eso no era factible, conocía suficientemente bien al joven para saber que su comprensión estaba muy por encima de la media y que su dedicación le impedía dejar dudas sin resolver o errores sin corregir. No, los espíritus habían hablado y Sei los había escuchado con claridad: un nuevo mal se avecinaba y ellos debían enfrentarse con él, como siempre habían hecho.

Escuchó unos pasos a la carrera, como se detenían frente a su puerta, un aliento contenido y el suave golpeteo en la madera.

- Adelante – ordenó.

Un acólito abrió la puerta y se postró ante él.

- ¿Que os trae hasta aquí?

- Mi señor, se ha encontrado el cuerpo de Kawasaki Takayuki.

- Contadme todo lo que sepáis.

- Lo han traído unos campesinos en su carreta. Provenían de una de las aldeas del camino del norte. Ha sido degollado.

- En el norte de la provincia se encuentran las tierras de los Kaneda – reflexionó Matsu -. ¿Han sido ellos quienes lo mataron?

- Se podría decir que sí, mi señor – el acólito no sabía cómo continuar dando la noticia.

- ¡Explícate!

- Según los campesinos, Kawasaki Takayuki y varios hombres, que bien podrían ser bandidos, asaltaron la aldea en busca de provisiones. Los Kaneda llegaron a tiempo para proteger a los aldeanos y... y ahora la controlan, mi señor Matsu.

- ¡Maldita sea! – exclamó iracundo el señor de los Ishikawa -. ¿Qué hacía Kawasaki ahí? ¿Y los Kaneda? – las preguntas se acumulaban en su mente -. ¿Sabéis si han señalado el nombre de Kaneda Takeshi?

El acólito, temeroso de la ira de su señor apenas levantó la cabeza para responder.

- El señor Takeshi dirigió a sus hombres y se encargó personalmente de Takayuki. Toda la aldea lo aclamó como su salvador.

Ahora su enemigo era un héroe, el hombre que se había llevado a su futura hija había muerto a sus manos y quizás nadie conocía el paradero de la niña. ¿Por qué no había enviado directamente a sus mejores hombres a combatir la amenaza cuando apenas se había

propagado el rumor de una revuelta? ¿Dónde se encontraba Ichirō cuando más se le necesitaba?

La primera parte del camino no había resultado difícil y había llegado el momento de tomar una decisión: aproximarse rápido y frontalmente al enemigo o tratar de pillarlo por sorpresa dando un amplio rodeo. Durante el trayecto, Tanaka Zakuo, Ishikawa Noriko y los dos hombres del pueblo se habían decantado por la primera opción, argumentando que un ataque directo les permitiría golpear rápidamente y sin haber acumulado el cansancio de la subida. Por otra parte, el resto creía que era mejor una posición ventajosa y tratar de pillar desprevenido al enemigo a costa de un esfuerzo mayor. Ichirō aún no había declarado su posición, aunque tenía bastante clara la decisión a tomar. Por una parte era hombre de acción, y más si se trataba de acabar con criaturas corruptas, pero reconocía una ventaja táctica cuando se le presentaba. Además, como tampoco sabían exactamente con qué se iban a encontrar, había decidido abogar por subir por el difícil sendero. Cuando lo comunicó, nadie protestó abiertamente la decisión, todos sabían que fuera cual fuera el camino a tomar, el destino iba a ser el mismo: el campamento enemigo.

Tardaron horas en llegar a la cumbre y desde ahí otearon el recinto que se había instalado. Quedaba a cierta distancia, pero podían observar siluetas humanas moviéndose alrededor de la entrada de la cueva. Después de no perder de vista sus acciones durante unos minutos vieron llegar a otra figura que cruzó la empalizada y se movió entre las demás, haciendo volar su oscura túnica. Sólo unos segundos les bastó para determinar que aquel era el líder del grupo. Lo que no fueron capaces de ver en ningún momento fue a los demonios de los cuentos.

Pero que no los vieran no significa que no estuvieran ahí, más cerca de lo que pensaban, acechándolos desde detrás de la maleza, preparados para saltarles encima en cuanto tuvieran la menor oportunidad. Y esa oportunidad les llegó cuando el grupo empezó a descender por la ladera, sin apenas sujeciones donde agarrarse, sin protecciones donde esconderse, sin contar con la ventaja de una posición elevada. Ésa se la reservaron para ellos cuando saltaron desde su escondrijo, todos ellos un amasijo de negro pelo, fuertes músculos, afiladas garras y puntiagudos colmillos. Y corrupción y podredumbre, por partes iguales y en gran cantidad; el don del Oscuro había sido generoso con ellos.

- Maestro, ¿podríamos hablar un momento a solas? – preguntó Eiko.

– Por supuesto, pequeña -dijo Kaneda Takeshi mientras hacía un gesto a los sirvientes para que salieran de la estancia -. ¿Te preocupa alguna cosa?

Eiko no se atrevía a levantar la cabeza, la vergüenza estaba ganando a la valentía que había reunido para confesar su falta. Si no hablaba rápido, las palabras se esfumaban y su fuerza de voluntad se haría trizas.

– El otro día... mientras regresaba a mis aposentos... escuché gritos en la habitación de Kaede...

Takeshi se la miraba callado, entre curioso y divertido.

– No supe que hacer, y me fui a esconder tras una esquina – prosiguió la niña -, pero la puerta estaba entreabierta y los vi...

– ¿A quién viste?

– A Kaede... y a un hombre grande y fuerte, con barba y unos ojos terribles... estaban desnudos y se peleaban...

– ¿Te vieron? ¿Te dijeron algo? – preguntó Takeshi.

– No creo... no quería que me pasara nada... pero ahora me preocupa si le sucedió algo a Kaede...

– Hoy la he visto y estaba bien.

– Y... – una pregunta carcomía a Eiko – ¿por qué no usó a los kami del fuego para librarse del agresor?

– Si he interpretado bien tus palabras, el fuego que necesitaba Kaede fue invocado correctamente – dijo sonriendo el maestro.

El aire olía a pelo y carne quemada. Las fuerzas de Ishikawa Sei estaban al límite y su sangre trataba de escurrirse por varias heridas. Noriko le frotó el brazo con un apestoso ungüento que enseguida le calmó el dolor. Su rostro estaba tan demacrado como el suyo, pero la satisfacción de seguir viva se le reflejaba en los ojos, mientras que los suyos eran ahora mismo dos profundos pozos de desesperación. Unos ojos que habían contemplado demasiados horrores

para toda una vida. El supuesto ataque sorpresa se había convertido en una auténtica trampa para ellos mismos cuando una docena de criaturas que en otra vida habían sido lobos se lanzaron sobre sus espaldas.

El primer zarpazo que dieron arrancó de cuajo la cabeza del leñador, que fue rebotando ladera abajo, desfigurándose contra cada roca y convertida en un amasijo sanguinolento al aplastarse en el centro del campamento. Otro dos trataron de desequilibrar a Ichirō, pero él no es un humano cualquiera y antes de llegar a tocarlo uno de ellos fue sacudido por un enorme espasmo y se desplomó a sus pies. El segundo corrió una suerte pareja cuando la enorme Segadora de vidas lo partió de arriba a abajo. El empuje del resto obligó al grupo a descender rápidamente, lo que provocó golpes debido a caídas y cortes producidos por afiladas rocas. Noriko había sido la más perjudicada y quedó inconsciente por un fuerte trompazo que se produjo contra una piedra.

Aprovechando la inercia de la bajada, Tanaka Zakuo se había abalanzado sobre los sorprendidos enemigos y abatió a un par de ellos con su gran martillo. Las bestias que los perseguían lo rodearon rápidamente, alejándose así del filo de la espada de Ichirō. Zakuo aún pudo romper el espinazo de uno de ellos antes que la oscura aura que emanaba de sus cuerpos se apoderase de él, consumiendo sus músculos y derritiendo sus huesos. Ese recuerdo le provocó una arcada a Sei quien no intentó reprimirla.

– ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? – le preguntó una voz delicada y suave.

Sei siguió inmerso en sus recuerdos, viendo como unos minutos antes él mismo se encontraba de repente rodeado por las figuras que habían visto desde la cima y que resultaron no ser del todo humanas: eran mukontai. Había empezado a hablar con los espíritus del aire para que lo ayudaran cuando Kimura Mitsuo se materializó a su lado y un ardiente proyectil salió despedido desde sus dedos para carbonizar a uno de esos engendros. Otro cercano fue abatido por una certera flecha; el cazador andaba cerca y les cubría las espaldas. Trató de localizar a la niña, pero no había rastro de ella, ya se encargaría luego de buscarla. A quien sí había visto era a Yumiko. No parecía afectada por la presencia de tantos enemigos, incluso una aureola de paz la acompañaba en medio del fragor de la batalla. Creyéndola una presa fácil, los mukontai fueron a por ella y cayeron convertidos de nuevo en cadáveres. Un humano, mejor dicho, un Corrupto con una enorme garra en su brazo derecho y con un wakizashi empuñado en su izquierda hizo acto de presencia. Sus ojos habían visto la destrucción causada por la joven dama y no dudó en querer empalarla con sus dedos. Los kami invocados por Sei trataron de entorpecerle el paso y le dieron a Yumiko el tiempo necesario para que su conjuro rompiera las ataduras de la carne, liberando así el espíritu corrupto que había tomado prestado el cuerpo de algún desgraciado.

Yamamoto Ichirō se había unido a la refriega y no había tardado en librarse de unos cuantos mukontai más. Media docena quedaban rodeando al individuo de la túnica oscura.

– Sed bienvenidos – les dijo con una voz quebradiza -. Hasta ahora os habéis enfrentado a mis creaciones menores. ¡Preparaos para degustar el auténtico poder del Oscuro!

- Deberías levantarte – dijo Yamamoto Ichirō -. Aléjate un poco, toma aire, te sentará bien.

Ishikawa Sei escuchó en algún lugar de su mente las palabras, y las obedeció.

- ¿Crees que lo superará? – preguntó Noriko a Ichirō mientras seguía con la mirada al joven hechicero.

- Tiene que ser fuerte. Necesitamos su poder para enfrentarnos a este mal – y abarcó con sus brazos los escombros que quedaban del campamento enemigo.

Sabía lo duro que era ver como caían los compañeros a tu lado y seguir con vida para experimentarlo de nuevo. Llevaba muchos años sirviendo al clan y enfrentándose a los siervos del Oscuro, tantos que quizás se había inmunizado ante las pérdidas, pero reconocía lo dolorosas que eran y el vacío que dejaban. Sei acababa de vivir su primera experiencia en primera línea de combate y además, contra el peor enemigo posible. Tener que matar a quien minutos antes era tu compañero es algo duro, sólo deseaba que no lo fuera lo suficiente como para desequilibrar la brillante mente del muchacho. Cuando el líder de los corruptos apareció y convirtió en mukontai a Kimura Mitsuo tras expulsarle el alma, Sei tuvo los reflejos suficientes para sacarse un ofuda de la manga y adherirlo a la abominación en que se estaba convirtiendo mientras su enemigo trataba de completar la invocación de un fragmento del Oscuro. El cuerpo de Mitsuo estalló en pedazos al entrar en contacto con el bendecido trozo de papel. El último en ver su rostro fue Sei, el primero en quedar cubierto por sus entrañas también fue él.

- Pobre Sei – le dijo Noriko a Yumiko -. No estaba preparado para eso.

- ¿Acaso lo estabas tú? – le espetó la dama Kanemoto -. ¿Quién puede estar preparado para hacer explotar a un miembro de tu clan?

Noriko se avergonzó un poco ante las duras palabras de Yumiko. Había recobrado la consciencia unos segundos antes del suceso y aun estaba tratando de levantarse cuando Sei activó el ofuda. El chico había conseguido aplazar el ritual, pero no detenerlo. El siniestro adversario finalmente había logrado convocar a un Corrupto en otro recipiente, en uno de los mukontai que le protegían. El cuerpo había recibido la semilla del Oscuro y empezó a distorsionarse, sus músculos crecieron, su espalda se ensanchó, su mandíbula se dislocó y volvió a colocarse en una feroz mueca, sus ojos exentos de vida se iluminaron con un fuego rojo y se clavaron en la figura del muchacho. Flexionó sus recientemente adquiridas piernas y se lanzó a la carrera hacia él. Por suerte, Ichirō había reaccionado rápido contracargando contra el engendro. Su golpe sólo le hirió en un brazo, pero lo había apartado de su objetivo. Una vez posicionado, el combate no duró más que unos segundos, los que tardó en lanzar una nueva estocada.

- ¡No me derrotaréis! – chilló el corrupto hechicero -. ¡Sentid su don!

Un zarcillo de maligna oscuridad surgió de sus dedos y se dirigió al hatamoto del señor Matsu, pero esquivó el ataque. Quien no había tenido la fortuna de evitarlo fue el pobre cazador que se encontraba unos metros por detrás de él. Su alma abandonó su cuerpo dejando en su lugar un nuevo instrumento para los planes del Oscuro.

Ishikawa Sei acababa de vomitar por segunda vez en el interior del bosque y aun estaba traumatizado por la experiencia vivida cuando percibió un movimiento a su espalda.

- No te asustes – le dijo la tranquilizadora voz de Kanemoto Yumiko ante su sobresalto -. He venido a tratar de cuidar de ti.

- Noriko ya ha curado mis heridas – consiguió balbucear.

- No son esas las únicas heridas que has sufrido – levantó sus manos y le tendió sus palmas -. Tómalas.

Un brillante halo de luz refulgía en ellas, una luz armoniosa, llena de paz. Sei tembló ante la visión, pero no dudó ante su voz, un sonido proveniente de otro lugar, una dulce melodía.

- Tú te has enfrentado a ellos sin miedo – consiguió decirle tras unos segundos sujetando sus blancas manos -. El Gran Creador reside en tu espíritu. ¡He visto como la oscuridad se fundía ante ti!

- Hoy hemos combatido contra el mal del mundo, el enemigo común de todas las criaturas que lo habitan y lo hemos rechazado. Pero el coste ha sido demasiado alto, muchas vidas se han perdido para proteger las nuestras – los ojos de Sei se oscurecieron de nuevo al recordar la muerte de sus compañeros, pero al mirar al rostro de Yumiko la luz le iluminó de nuevo -. Ninguna vida vale más que otra.

- Tu vida vale más que la mía. Has sido tú quien se ha enfrentado al heraldo del Oscuro y lo ha rechazado. Tu luz lo ha hecho tambalearse.

- Pero no ha sido mi luz quien lo ha derrotado. Yo sólo he seguido tu ejemplo. El ofuda se ha encargado del resto.

El último emisario no había regresado. Llevaba ya dos días de retraso y eso no era una buena señal. Tampoco había ningún rumor ni noticia sobre un avistamiento de siervos del Oscuro, pero eso tampoco significaba mucho ya que siempre se trataba de ocultar esas cosas para que la población no temiera innecesariamente. Aquello era una pequeña ventaja para cualquier conspirador inteligente: sin rumores no había pistas, sin pistas no había investigación y sin investigación no había nade metiendo sus narices donde no debía.

Pronto debería informar al superior de su orden, pero hasta entonces aún podría tratar de averiguar qué había sucedido. Su posición le permitía desplazarse tranquilamente por los palacios y su red de informadores le alertaría en seguida de la más mínima novedad, deseaba que aquello fuera suficiente. Se estaba acercando el día esperado y todos debían cumplir a la perfección su papel.

Un sirviente se le acercó, depositó un fragmento de papel frente a ella y desapareció por donde había llegado. Lo desdobló con cuidado y reconoció la caligrafía de su interlocutor. Su cara se torció en un gesto de desagrado cuando leyó el contenido: ¡Todo había sido arrasado! Nadie había sobrevivido, ni el maestro, ni los discípulos, ni los enviados del Oscuro... Su pulso se había disparado y tuvo que permanecer sentada para no caerse. Noticias como esa no eran de buen recibir y menos en su estado. Ahora le tocaría por una parte averiguar quiénes habían

sido los responsables y por otra tratar de pasar la noticia del fracaso a quien correspondiera para que se hiciera cargo de la situación.

- Os habéis cobrado una buena recompensa, por lo que he averiguado – le dijo Kaneda Takeshi a Araki Hayato.

- No le he causado ningún daño a vuestros intereses – le respondió el forajido con una amplia sonrisa -. ¿Os importa mucho la muchacha?

- Me importa, pero quiero creer que es lo suficientemente inteligente para saber con qué fuegos juega – contestó el joven señor -. Me importa más saber si fue una represalia vuestra.

-¿Queréis saber si lo veo como una compensación? – Hayato parecía a gusto con la cara de desagrado de Takeshi -. No estaría de más que me pudiera pertenecer: es joven, fogosa y sabe lo que hace. Lástima que si juegas mucho con fuego te puedes acabar quemando. Pero no – prosiguió el fornido guerrero –, solo fue un capricho. Por muy extraordinaria que sea no creo que valga la vida de una docena de hombres.

- Una docena de escoria – le espetó Takeshi -. Vos mismo los seleccionasteis entre las tropas disponibles. Y se os pagó por ello.

- No he sido yo quien ha hablado de costes, mi señor. La vida de doce patanes para obtener el control de un buen pueblo no parece un precio excesivo, pero no dejaban de ser hombres que conocía, y los mandé yo mismo a la muerte.

- Así que en el fondo es un cargo de consciencia, ¿no?

- Digamos que así no pensaba en sus caras desfiguradas, tenía un atractivo rostro que los remplazaba – su satisfacción frente a la situación y la seguridad que emanaba empezaban a molestar a Takeshi -. Por cierto, hablando de mujeres atractivas, ¿qué sabemos de nuestra querida Riko?

La pregunta pilló desprevenido al joven mago, aunque como siempre mantuvo la compostura.

- Yoshida Riko está cumpliendo su propia misión. Sus habilidades seguro que darán sus frutos en breve.

Yoshida Riko había llegado a Shinhōji junto a la comitiva que acompañó el cadáver de Kawasaki. Habían previsto que la noticia provocaría una reunión de los señores de la familia Ishikawa y de sus lacayos de mayor estatus para tratar el futuro de la revuelta. El plan consistía en acompañar a alguno de éstos al palacio como entretenimiento para el señor Matsu. Por suerte para todos, Yoshida Riko ya había estado con anterioridad en la ciudad y sabía a qué puerta debía llamar.

Ishikawa Nibori era un viejo maestro de la Escuela de Magia, aunque ahora actuaba casi únicamente como consejero ya que los años habían hecho mella en él y ya no podía asistir frecuentemente a las clases. Cuando le comunicaron la presencia de Yoshida Riko en el portal de su casa, fue a recibirla él mismo, alegrándose de que siguiera viva, tal y como estaban los caminos últimamente. Como regalo por su hospitalidad, Riko le brindó un breve concierto doméstico de samisen, que fue halagado, al igual que su belleza, por su anfitrión.

- Tu música ha renovado mis ganas por vivir algunos años más, me sirve de bálsamo frente a los malos días que nos ha tocado sufrir – le confesó el anciano.

- Me honráis con vuestras palabras, Ishikawa-sama – le respondió con una gran reverencia -. Si estuviera en mis manos hacer algo más por vos, sólo tenéis que pedírmelo, no soy más que una humilde sierva.

- Como en otras ocasiones, os pediría que os quedarais aquí, la casa es grande y podrías disponer de habitaciones propias. Sé que siempre habéis rechazado la oferta porque sois un espíritu libre, pero cada año que pasa estoy más solo. Mis hijos y mis hijas partieron hace tiempo para formar sus propias casas y sus visitas son esporádicas. Además, el Gran Creador quiso que mi esposa se uniera con él durante el último invierno.

- Lamento mucho esas noticias, mi señor. Sería todo un honor para mí, pero seguramente os ocasionaría más molestias que la eventual satisfacción de poder escuchar mi mediocre música.

- ¡No volváis a insultar a mis oídos con esas palabras! – repuso enérgicamente pero sin ningún rastro de enfado en su voz -. Mis años me han permitido escuchar a muchos que se llaman a sí mismos intérpretes, y ninguno de ellos alcanza vuestro nivel. Así que permitidme de nuevo insistir en ofreceros un alojamiento digno.

- Si ese es vuestro deseo, no tengo otro remedio que concedéroslo. Y aunque no puedo prometeros que mi estancia aquí se convierta en permanente, puedo garantizaros algunas semanas.

Pocos días más tarde, desde palacio se solicitó la presencia de Ishikawa Nibori, y como parte de su séquito lo acompañó Yoshida Riko, ya que Nibori pretendía aliviar el pesar reinante tras los últimos sucesos.

Todos los señores importantes del clan que se hallaban en Shinhōji o en sus alrededores habían sido convocados y se preparó una gran sala donde celebrar un buen banquete. Durante las horas que duró la comida, Riko tuvo que esperar en una sala contigua junto a otros invitados: artistas y artesanos encargados de ofrecer valiosos presentes en nombre de sus señores. Oculta tras un biombo para que no fuera molestada, pudo escuchar fragmentos de varias conversaciones y en muchas de ellas se hablaba de preparativos y movimientos para la guerra contra los Kaneda, aunque ninguno le resultó tan interesante como la que escuchó entre un intérprete de koto proveniente de las provincias del sur y un maestro forjador de las tierras del este.

- ¿Acaso no sois descendiente del famoso Ōno Ken? – preguntó el músico.

- Así es. Mi familia ha continuado con su legado durante generaciones, aunque por desgracia ninguno de nosotros hayamos alcanzado su perfección. Mi obra no es más que una burda imitación de la espada que le entregó al emperador Hiroto.

- ¿Sería posible echarle un vistazo? – preguntó irrespetuosamente -. Sólo una ojeada, no se van a enterar.

- Me ofendéis, joven – respondió con desagrado el artífice -. Las órdenes de mi señor fueron muy estrictas, y como buen lacayo pienso cumplirlas. El presente debe ser entregado al gran señor Ishikawa Matsu tal y como se ha preparado la ofrenda, él debe ser el primero en verla y aceptarla como muestra de colaboración entre nuestros clanes.

El muchacho se alejó disgustado pero rápidamente encontró a otro con quien charlar distendidamente.

Los Kaneda iban a tener que preocuparse de un nuevo enemigo si los hombres y las armas de la prestigiosa familia Ōno estaban al servicio de los Ishikawa.

A Yoshida Riko no le tocó actuar hasta muy entrada la noche. Llevaba muchas horas sentada en la misma postura y no había probado bocado, ya que tenía que estar disponible para cuando fuera llamada. Además, las ricas sedas que la cubrían habían sido un regalo de su anfitrión y tampoco quería arriesgarse a que les sucediera ningún percance. Pero ninguna de estas cosas le preocupaba tanto como que su voz y su instrumento estuvieran listos para la actuación.

Mientras unos sirvientes acababan de colocar un nuevo biombo en la sala principal y otros la acompañaban hasta él, pudo escuchar como Ishikawa Nibori la presentaba al señor Matsu, haciendo gala de un sinfín de elogios. A Riko poco le importaban tan halagadoras palabras y se concentró en adoptar una postura adecuada, sujetar correctamente el samisén y puntear las notas mientras su voz cantaba en dulce armonía sobre los paisajes de aquellas tierras y los héroes que habían dado.

Como sucedía en la mayoría de sus actuaciones, no percibió el silencio que se había formado hasta que la última nota tocada se hubo disipado en la noche. Ishikawa Matsu fue quien lo rompió, felicitando tanto a su lacayo como a la intérprete. En su voz se percibió un deje de emoción. Se le invitó para que tocara de nuevo y su público fue complacido de nuevo. Esa noche recibió múltiples regalos por parte de los presentes: kimonos y telas de gran valor, peines de jade de una gran calidad y un pequeño espejo con el marco tallado en marfil.

Cuando finalmente se le permitió retirarse, Ishikawa Nibori se reunió con ella.

- Habéis logrado distender el ambiente y alegrar los corazones de todos nosotros – le confesó Nibori -. Entre vuestra actuación y las noticias que nos han llegado desde el puerto de Suijō, el ánimo general es de optimismo.

- ¿Suijō? – preguntó Riko sabiendo que se trataba de la ciudad situada más al sur de las tierras gobernadas por el clan de la Escuela de Magia.

- Nos han confirmado la partida de nuestras tropas. Pronto caerán los traidores Kaneda.